

Revista Hispanica

1918

AÑO I

Director: Fernando Donles

MADRID



65

Taller de Fotgrabado
ELECTRO

BRONCE-CINCOGRAFÍA
CROMOTIPIA-FOTOLITO

LUIS SANTOS

CARDENAL CISNEROS, 7, MADRID
TELEFONO: J. 859



Representante: Francisco Solovera

AGENCIA ADMINISTRATIVA

(MATRICULADA)

DE

Mínguez y Neira

*Instancias, altas, bajas, patentes, reclamaciones,
certificados, licencias de aperturas,
muestras, y toda clase de asientos en Hacienda
y Ayuntamiento.*

*Licencias de huéspedes, caza y armas.
Certificados de penales y última voluntad.
Seguros y contraseguros de incendios.*

AVISOS: INFANTAS, 12, 3.º

VENTAS A PLAZOS



*Con precios de contado y descuento mensual insignificante vendemos los
discos y aparatos ODEÓN.*

*Solicite usted el nuevo catálogo de los discos de "La canción del olvido",
"La canción del soldado" y canciones por las Srtas. Isaura, Meller, etc.*

Agencia Odeón

1, PRECIADOS, 1

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

ESPAÑA

Tres meses.....	4,25 ptas.
Seis meses.....	8,00 "
Un año.....	15,50 "

AÑO I.

NÚM. 1.º

Revista Hispanica

SE PUBLICA CADA DIEZ DIAS

Director: Fernando Pontes

Redacción y Administración, Cardenal Cisneros, 47

MADRID

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

EXTRANJERO

Seis meses.....	16 ptas.
Un año.....	30 "

1.º ABRIL - 1918

Décadas

Revista Hispanica ofrecerá cada diez días al público sus páginas; el arte y la moda, la amena literatura y las noticias curiosas, la vida teatral en todas sus fases, tendrán su contrapeso en nuestras secciones industrial y comercial, escritas por distinguidos especialistas.

España es hoy una casa mal administrada, donde el despilfarro y la ignorancia, la mala fe y las pasioncillas ruines triunfan.

«Lo que puede producir España» y lo que puede ser la vida económica española, son en el día asuntos de primordial interés para nuestra Patria, y al destinar algunas de nuestras páginas a tan vitales problemas, sentimos la íntima satisfacción del que contribuye con su esfuerzo, por pequeño que este sea, a levantar el sólido edificio de una gran España futura.

Con una organización ferroviaria retrasada en sesenta años; con servicios de comunicaciones deficientísimos y mal dotados, con unas leyes que abrumen al industrial y al comerciante, mientras dejan en la impunidad la enorme ocultación de riqueza imponible, podemos asegurar que en España sólo hay una cosa perfectamente estudiada y organizada, en donde todo está previsto por las Autoridades que gobernaron nuestro país en el transcurso de los siglos; me refiero a las *Corridas de toros*, a esa fiesta, única en el mundo civilizado que tiene como condición precisa de existencia la crueldad y la muerte, y cuyo apellido de *Nacional* rechazamos por decoro patrio.

Sin embargo, no habremos de hacer campaña antitaurina, pues consideramos que la reacción contra nuestras clásicas malas costumbres ha de venir espontáneamente, al tiempo mismo que la cultura general ascienda de nivel y la conciencia española se sanee y robustezca, adquiriendo la virilidad y pureza necesarias para rechazar del torrente circulatorio nacional los gérmenes de su infección moral crónica.

* * *

También prestaremos constante atención a las manifesta-

ciones de la vida urbana, cuyo mal de origen puede concretarse en el siguiente refrán de nuevo cuño, pero de constante actualidad:

A mal alcalde, muchos bandos, y todos incumplidos...

Madrid es la Escuela superior de mala educación de España, y esto por culpa de sus Autoridades. Existe en teoría un cuerpo de *Policía urbana*, pero en la práctica y respetando la verdad, sólo es *Policía de cobranza*, pues ésta es la única función que ejercen los guardias del Ayuntamiento.

El espectáculo que ofrecen las calles de Madrid es vergonzoso. La suciedad y mal olor de los mercados, la repugnante y consentida pululación de pordioseros simuladores e insultantes; la libertad medioeval de bastantes leprosos mendigos que ponen en peligro con su contagio la vida del caritativo transeunte; el predominio de golfos que molestan, ofenden y se cuelgan en racimos de las traseras y estribos de tranvías y autos; el excesivo número de vendedores ambulantes que colocan sus miserables cestas en donde bien les parece y más estorban, pregonando sus mercancías con gritos destemplados, insistentes y algunas veces con frases de pésimo gusto, si no de algo peor. Esto son las calles de la Corte.

Semejante desorden y laxitud municipales, contrastan con la tiránica e intolerante intervención y múltiples socaliñas e impuestos con que el Ayuntamiento y sus dependientes atosigan al desgraciado industrial que se propone implantar una industria; o abrir o trasladar un comercio.

Sobre todo esto haremos una campaña saludable, para la cual solicitamos el apoyo de los comerciantes e industriales madrileños, a quienes desde estas columnas enviamos un cordial saludo, así como a todas las clases que con su trabajo contribuyen al sostenimiento y progreso de la Nación española.



De mi repertorio anecdótico.



I

Al llegar a la estación de *Noisy-le-Sec*, a media hora de París, subíamos la escalera que conduce al puente, en el cual hacían constante centinela unos cuantos vagos, que de codos sobre la barandilla, miraban con ojos estúpidos el incesante vaivén de trenes por las numerosas vías del amplio andén.

Cada locomotora lanzaba hacia arriba cinco o seis enérgicas vararadas despreciativas, que envolvían en blanco humo el puente y sus indiscretos curiosos, y se alejaba desdeñosa, precipitando su rítmica respiración.

Al salir del puente entrábamos en la carretera, bordeada de casitas bajas, con sus jardincitos interiores, donde zigzagueaban senderillos de crujiente y menuda grava.

Pronto llegábamos a casa de *Mlle. Bernard*, y al tirón de la campanilla respondía, tras un silencio, el chocleo de unos zuecos; abríase el portón, y aparecía en el vano la riente faz de *Mlle. Bernard*; había llovido horas antes, y la artista metía sus bien calzados pies en dos anchos zuecos, resguardo contra la humedad del jardín.

Mlle. Bernard enseñaba a hacer varios trabajos semi-artísticos, de esos que forman el encanto de las mujeres en los países en donde la mujer tiene el gusto refinado por la influencia de un medio ambiente educador. Sus discípulas, —y sus discípulos, pues también los tenía, —aprendían allí el arte de ornamentar la madera y los metales con bajo-relieves frágiles, patinados en tonos mates, que reposaban plácidamente la imaginación. En el saloncillo del piso bajo, museo en pequeño de mueblecillos ornados por *Mlle. Bernard*, el sol otoñal filtraba sus rayos a través de las clemátidas de la ventana, húmedas aun por las últimas lluvias, y en aquel conjunto de tonos mates y fundidos, que tan bien componían con el viejo tapiz oriental tendido sobre el *parquet*, sacaba algún punto discretamente luminoso al chocar con un filete de oro antiguo o con un embutido de nacar. ¿Qué habrá sido de aquel hogar? ¿En qué labor se emplearán ahora aquellos dedos, que acariciaban mimosos sus propias frágiles obras, o las figulinas delicadamente artísticas que modelaba su hermano *Marcel*, el escultor de las modernas tanagras? *Marcel* habrá cambiado el palillo de modelar por el fusil, y acaso una bala le dejó tendido boca abajo, estrujando en su agonía dos puñados de tierra, de esa tierra modelada para siempre en el dolor por la espantosa guerra, y acaso hoy la hermana ayuda al cirujano que modela impasible la carne humana desgarrada, más blanda que el estaño, pero animada por un espíritu más duro que el acero.

II

Mlle. Bernard era una entusiasta de la *causerie*, y poseía un inagotable caudal de anécdotas y observaciones psicológicas relacionadas con el cosmopolita concurso de sus discípulos, y entre tanto que sus alumnos manejaban con dedos más o menos tor-

pes sus instrumentos, la profesora iba sacando del caudal anecdótico de su memoria, narraciones con que entretener a la clase. Recuerdo un incidente cómico que voy a narraros lo mejor que pueda.

Cierta familia brasileña, los señores de *Sao Paulo*, llegaron a París con sus treinta y dos mundos, sus dedos llenos de brillantes, y la cartera del *Sr. Sao Paulo* avalorada por una carta de crédito de doscientos mil francos contra el *Credit Lyonnais*. El propósito de la familia era permanecer en la encantadora villa todo un año, para perfeccionarse en la lengua francesa y adquirir el tono parisién, para cuyo fin empezaron por instalarse lujosamente en uno de los grandes hoteles del *boulevard*, abonarse a la Opera, y comprar una cantidad tal de ropa blanca y de todo colores, que los encajes invadieron todos los muebles de su *appartement*, como la marea anega playas y rocas bajo su hirviente espuma.

La familia estaba compuesta por el señor *D. Manoel Sao Paulo*, hombre corpulento, su no menos corpulenta esposa y su linda hija *Mariquina*, que hacía recordar el popular fado portugués:

Mariquina tem un lindo pe...

Servía de contera a la familia una avispada y servicial doncellita que, siempre sonriente, —tenía dientes muy bonitos, —prestaba a las dos damas sus importantes servicios y hacía mil primorosas labores, que luego su ama, la majestuosa señora

de *Sao Paulo*, se atribuía olímpicamente a sí propia para epatar a sus amigas.

Don Manoel adolecía de otra debilidad que afectaba a su memoria: el pobre señor era uno de esos tipos de *vaudeville* que se ponen la sopera en la cabeza creyendo que es el sombrero, y que se van a paseo con levita y zapatillas sin percatarse de su distracción.

Cierta día vió Mariquina en un escaparate uno de los repujados de *Mlle. Bernard*, quiso aprender tan bonita labor, y así es como la niña y la opulenta mamá fueron a aumentar la numerosa falange de los discípulos de la academia de *Noisy-le-Sec*, bajo la vigilante mirada del Sr. *Sao Paulo*, que juguetaba entre tanto con el colgante de la imponente cadena de su reloj, medallón cuajado de brillantes como garbanzos de Fuentesaúco.

De pié ante la mesa de trabajo, la doncellita presenciaba toda la lección: de vez en cuando la señora de *Sao Paulo* lanzaba a la muchachita una severa y autoritativa mirada, y la decía:

«Rosa, fíjate: ¿Para qué estás aquí?»

—«Las puntas de platino,—decía *Mlle. Bernard*,—cuando llevan tiempo descansando, sienten pereza de enrojecerse al fuego: a veces, adolecen de caprichos, momentos de *spleen*, cual si tuviesen nervios: el estado atmosférico influye en su comportamiento; esta punta es mala, decimos; no es mala, es que *está* mala, *está* nerviosa; nada de violentarla: paciencia, constancia, y al cabo el platino se enrojece y se apresta al trabajo. ¿Comprende V., señora?»

Mirada de la señora de *Sao Paulo*.

—¿Has comprendido, Rosita?

—Sí, señora.

Otras veces la profesora criticaba la labor hecha en casa por las dos damas de la familia *Sao Paulo*.

—Este fondo está desigual.

—¿Oyes esto, Rosita?—(Mirada aterradora)—¡Este fondo está desigual!

Mansamente transcurrieron algunos meses: la familia *Sao Paulo* iba adquiriendo el tono: ya pronunciaba las enes con la nariz, y las eses con ese sibilante susurro genuinamente francés: además habían sido introducidos en algunos salones distinguidos por una amiguita de la niña, discípula también de *Mlle. Bernard*. En uno de aquellos salones, la señorita de *Sao Paulo* tuvo la suerte de flechar al joven Vizconde de *V. Adour* simpático muchacho, dueño de dos millones de francos, de una cuadra de caballos de carreras y de un *château* en las cercanías de Biarritz. El Vizconde se aparecía, como un Juan de las Viñas, donde quiera que iba *Mariquita Sao Paulo*. ¿Sentábase esta en su palco? Inmediatamente el Vizconde surgía del suelo del palco medianero. ¿Entraba la joven en un salón? Hé allí la cabeza del Vizconde apareciendo por encima de la tapa del piano, etc., etc.

El asedio fué tan notorio, que la voz pública les echó la bendición por anticipado. Ello es que el Vizconde llegó al hotel, previa invitación, a visitar a los señores de *Sao Paulo*, que estos estaban ausentes, y que el joven aristócrata entretuvo la espera dirigiendo innumerables preguntas a la pizpireta Rosita, quien respondió a todas ellas con su natural viveza y desparpajo. Desde aquel día, el Vizconde dejó de frecuentar salones y teatros, pero acudió a diario al hotel, y a todas horas pa-

seaba la calle, *faisait le pied*, o hacia el oso, según la típica frase del argot madrileño.

III

Y al mediar la Primavera, cuando el aire parisino se entibiaba, los árboles del *boulevard* comenzaban a ornarse de puntitos de un verde tierno, y aquellas incomparables *trottins* a mostrar sus albas gargantas y a envolverse en vaporosas telas, ocurrieron los dos trágicos sucesos que habían de poner fin a la hasta entonces triunfante estadia de la familia *Sao Paulo* en París. Doloroso me es tener que referirlos, pero el papel de biógrafo a tanto obliga.

Cierta noche debía asistir la familia a una fiesta en el palacio de los Duques de X., Avenida del *Bois de Boulogne*; ya su automóvil había recorrido cierta distancia, cuando la señora de *Sao Paulo* observó que su esposo no llevaba gabán: el señor confesó que había padecido uno de sus frecuentes olvidos, y que el gabán había quedado sobre el respaldo de una butaca en el gabinete de su *appartement*. Para no retrasar la llegada de las damas a la fiesta, pues ya era algo tarde, convinieron en que *D. Manoel* volviese a pié a recoger el abrigo, y fuera luego a reunírseles al palacio de X en un simón. Así se hizo: el buen señor subió a sus habitaciones, y recordando perfectamente en donde dejara su *pardessus*, ni tuvo que encender la luz: se echó al brazo la doblada prenda, bajó a la calle, subió a un coche, entró en el hotel de X y entregó su abrigo a la joven encargada del guardarropa.

Transcurrió la velada feliz y alegremente, aunque no para Mariquina, quien no vió llegar a su Vizconde, a pesar de que este la había prometido bailar con ella toda la noche. Al salir, lleno el vestíbulo de invitados que recogían sus prendas de abrigo, la guardarropa entregó la suya al Sr. *Sao Paulo*, quien al desdoblarlo buscándole las mangas, vió desplegarse entre sus manos.... ¡unos pantalones!

—¿Qué me entrega usted aquí?—exclamó asombrado, e indignado también, el buen *D. Manoel*.

—Lo que V. me entregó al llegar, *Monsieur*, repuso con sonrisilla algo impertinente la *demoiselle* del guardarropa. Callemos el efecto del lance en aquel vestíbulo aristocrático y entre aquel concurso archiaristocrático. Quién se tapó la cara con las pieles; quién se atragantó por tragarse su propia risa, y quién soltó la carcajada allí mismo. Pero todos, durante un año, la soltaban a todo trapo cada vez que veían unos pantalones desplegados.

Rojas de humillación, rabia y vergüenza, llegaron las damas a su casa.

—Rosa... ¡Rosa! ¡Rosita!!

Rosa no estaba, ni nadie sabía dar cuenta de su paradero. Registro inmediato... y negativo; nada faltaba, ni ropa, ni alhajas ni dinero; no faltaba más que la linda Rosita, que apareció al siguiente día en el *Bois de Boulogne* en una flamante victoria, tocada con un magnífico sombrero, adornado con un paraíso de mil francos, envuelta en una *écharpe* de mil doscientos francos, con un par de pendientes de cinco mil francos,





y muy amartelada con el simpático vizconde de *l'Adour*, el cual, por cierto, al cruzarse con el carruaje de los *Sao Paulo*, hizo como que no los veía. En cambio, Rosita saludó expresivamente a sus antiguas señoras agitando su abanico de encajes de setecientos francos.

Al siguiente día, en el «Figaro», llamó la atención un artículo de sociedad titulado: «Historia de unos pantalones, un Vizconde y una ex-doncellita». También llamó la atención la precipita-

da salida de París para el Brasil de la familia *Sao Paulo*; y es fama que ambas damas renunciaron a las lindas labores aprendidas en casa de *Mlle. Bernard*, porque la doncellita encargada de los fondos, se había dedicado a aplicar su ingenio al perfeccionamiento de sus fondos particulares.

FERNANDO PONTES.

DE LA MUSA POPULAR

¿Cómo quieres que yo cante,
si perdi las ilusiones?
En árbol donde no hay hojas,
no cantan los ruiseñores.

Morena tiene que ser
la tierra para claveles,
y la mujer para el hombre
morenita y con desdenes.

Cuando pases por mi puerta,
ponte la capa con arte,
porque tengo una vecina
que corta mejor que un sastre.

El hombre, cuando se embarca,
debe rezar una vez;
cuando va a la guerra, dos,
y cuando se casa, tres.

¡Qué descolorida estás!
¡Qué colorada te pones!
En ese color conozco
que tienes nuevos amores.

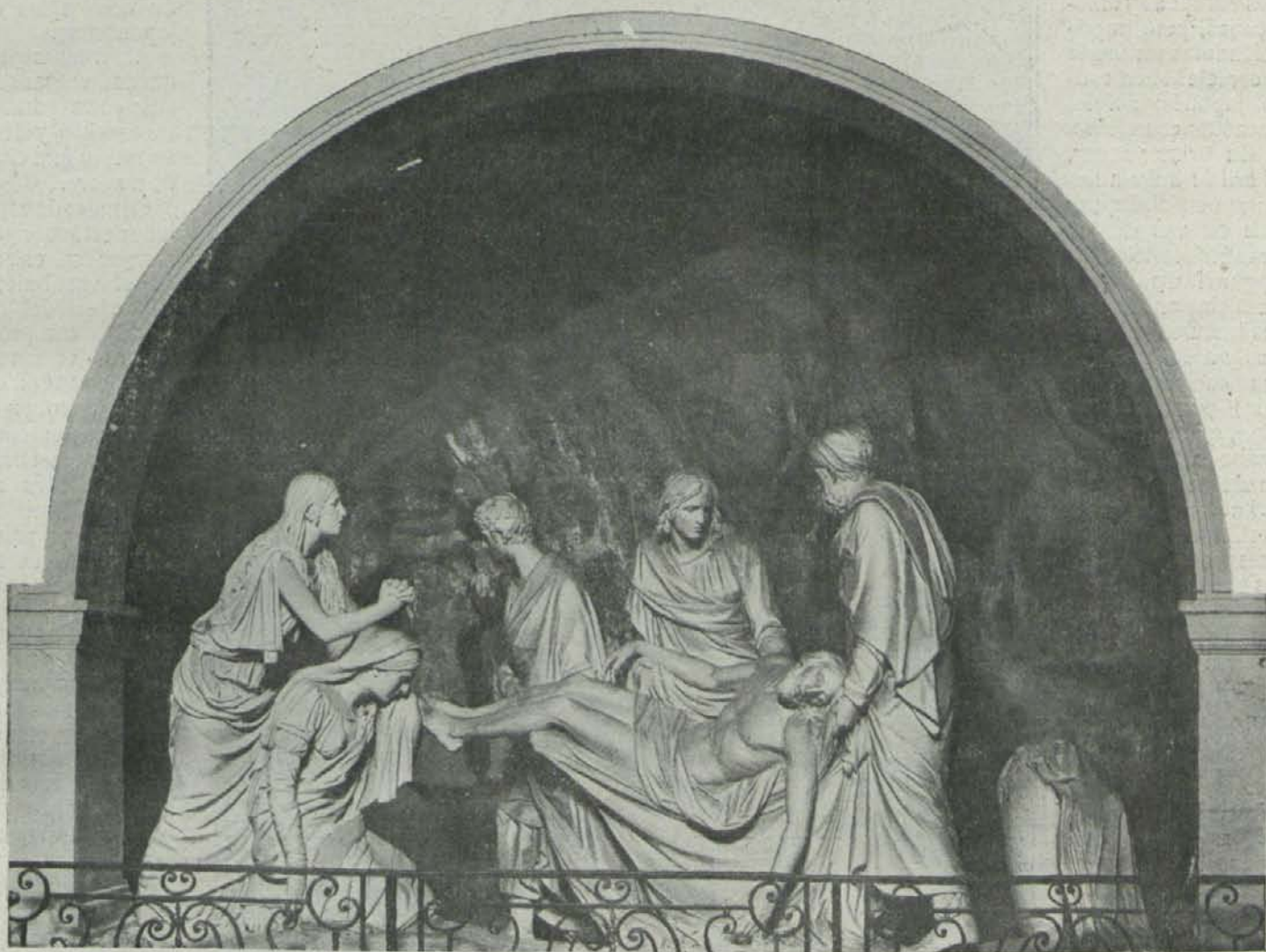
¿De qué le sirve a tu madre
cerrar puertas y ventanas,
si no te cierra los ojos,
que son las puertas del alma?

Los ojos de mi morena
son lo mismo que mis males;
grandes como mis fatigas,
negros como mis pesares.

Lo que me sucede a mí,
parece cosa del diablo;
llevo los bolsillos rotos
y no se me caen los cuartos.

Creyendo no me querías
a un pozo me quise echar,
pero vino la esperanza
y me agarró por detrás.

El entierro de Cristo, monumento de la iglesia de San Roque, en París



La iglesia de San Roque, en París

La iglesia de San Roque fué comenzada a edificar a mediados del siglo XVIII y terminada poco antes de mediar el XVIII. Entre las numerosas obras de arte que prestan decoro a aquel edificio religioso, figura la preciosa obra escultórica de Deshayes, representando el entierro de Nuestro Señor Jesucristo, cuya reproducción damos en esta página.

Ante a esta iglesia existia hace tiempo una extensa plaza, donde tuvo lugar uno de los sangrientos episodios del final de la Revolución francesa; allí venció Bonaparte a las tropas de la Convención el VIII Mesidmiario del año III, o sea el 31 de Octubre de 1795.

EL CINE EN EL JAPÓN

El país de los *samurais*, los crisantemos y las *geishas* acepta las novedades europeas y americanas, pero imprimiéndolas un fuerte y característico estilo japonés; así ha sucedido con el *cine*.

En primer lugar, el artista trabaja tan barato en el Japón, que en vez de los grandes carteles litografiados que anuncian en Europa las truculentas escenas *peliculescas*, se emplean enormes telas pintadas al óleo, que cubren de arriba abajo la fachada del *cine*.

La entrada en el vestíbulo es una sorpresa emocionante; las paredes están cubiertas por centenares de zapatos de madera de los que calzan los súbditos del *Mikado*, colgados de perchas; antes de que el europeo vuelva de su sorpresa, dos japonesitas vestidas con lindos kimonos se le acercan, le saludan con dos cortesías, e incontinenti comienzan a descalzarle con la rapidez que da la práctica; si el blanco se resiste algo avergonzado, las chicas, después de reírse de él con la amable alegría japonesa, le explicarán que en el país del Sol naciente es contrario a la etiqueta entrar en la casa, el templo o el teatro con el mismo calzado de la calle.

Nuestro europeo, convencido o resignado, entrega sus pies a las señoritas *Floir de Cerezo* y *Sonrisa de la Mañana*, las cuales de repente rompen a reír como modistillas en domingo, tratando de ahogar sus carcajadas entre los pliegues del kimono. Nuestro viajero mira a sus pies, y después de azorarse y enrojecer a la vista del dedo gordo de su pie derecho, que indiscretamente asoma



ADRIA RODI
CANCIONISTA ITALO-ESPAÑOLA

FOT. WALKEN.

por un agujero del calcetín, acaba por tomar también la cosa a risa, haciendo coro a las dos japonesitas.

Al fin los zapatos quedan colgados en sus correspondientes perchas, y el dueño recibe una chapa de madera.

Como cada espectador está obligado a dejar su calzado en el vestíbulo, el director del *cine* puede comprobar siempre el número de billetes vendidos.

El viajero, en calcetines, pasa a la sala, en la cual le aguarda otra sorpresa; allí no hay butacas, ni palcos, ni asientos de ninguna clase; solamente esterillas, sobre las cuales los espectadores se sientan a la japonesa.

Los asuntos que interesan y emocionan al público japonés del cine, son los asuntos trágicos; cuanto más trágicos, mejor.

Otra de las características del espectáculo cinematográfico en el Japón es la explicación de viva voz de las escenas que en la pantalla van proyectándose; pero el *chico del cine* no habla, como antes en todos los cinematógrafos de España, y hoy aún en algunos pueblos se acostumbra, a la vista del público, sino detrás de la pantalla, desde donde su voz llega al espectador en cierto modo identificada con los personajes que toman parte en la representación mimica.

Los asuntos de leyendas japonesas alcanzan gran boga en aquellos cinematógrafos, y entre las películas importadas, la adaptación de *Resurrección*, de Tolstoi, ha obtenido el mayor éxito, sin duda por su carácter altamente dramático.

El reclamo y los estrenos teatrales

Desde aquellas burdas ovaciones triunfales con hachas de viento, cortejo callejero, porteamiento del autor en hombros de varios entusiastas forzudos, salida del *genio* al balcón, y dispersión general, ha cambiado mucho el arte de crear éxitos.

Tanto, que lo que era *arte*, hoy alcanzó la categoría de *ciencia*, producto de la experimentación.

Antes, en los tiempos que podríamos llamar románticos, los éxitos, las ovaciones se hacían *a posteriori*, y se basaban en el carácter comunicativo del entusiasmo y en la credulidad infantil de la masa del público.

Una frase vibrante, un latiguillo, arrancaban un bravo del jefe de la *claque*, seguido de un trueno de palmadas de las huestes *alabarderas*, y el público, tras responder fielmente a la sugestión emotiva, quedaba con los nervios vibrátiles y la imaginación caldeada, presa fácil para entusiasmos y ovaciones.

Más aquello pasó. Si un empresario cándido quisiera reproducir aquel método en beneficio de algún estreno, buscando la repercusión en la taquilla, sólo conseguiría el lamentable resultado de lanzar al ridículo al autor y a la obra objeto de tan inocentes y anticuadas maquinaciones.

Hoy, el empresario *científico*, el empresario *a la americana*, busca y trata de forzar el éxito *a priori*. Para esto existe una gradación, una escala, cuyo límite sólo es fijado por los escrúpulos del que maneja el bombo.

La cuestión primordial es crear un ambiente de triunfo a la obra de que se trate; se difunde por varios periódicos la idea de que la producción es genial, de que su autor es de una exquisitez literaria no igualada, de que su nivel artístico es muy superior al de la masa ignara, y que la enjundia humana, social, simbólica y transcendente de la obra sólo será comprendida, asimilada, admirada y aplaudida por el espíritu de los superhombres que saboreen el néctar de su estreno. El genio sólo es comprendido por sus



FOT. WALKEN

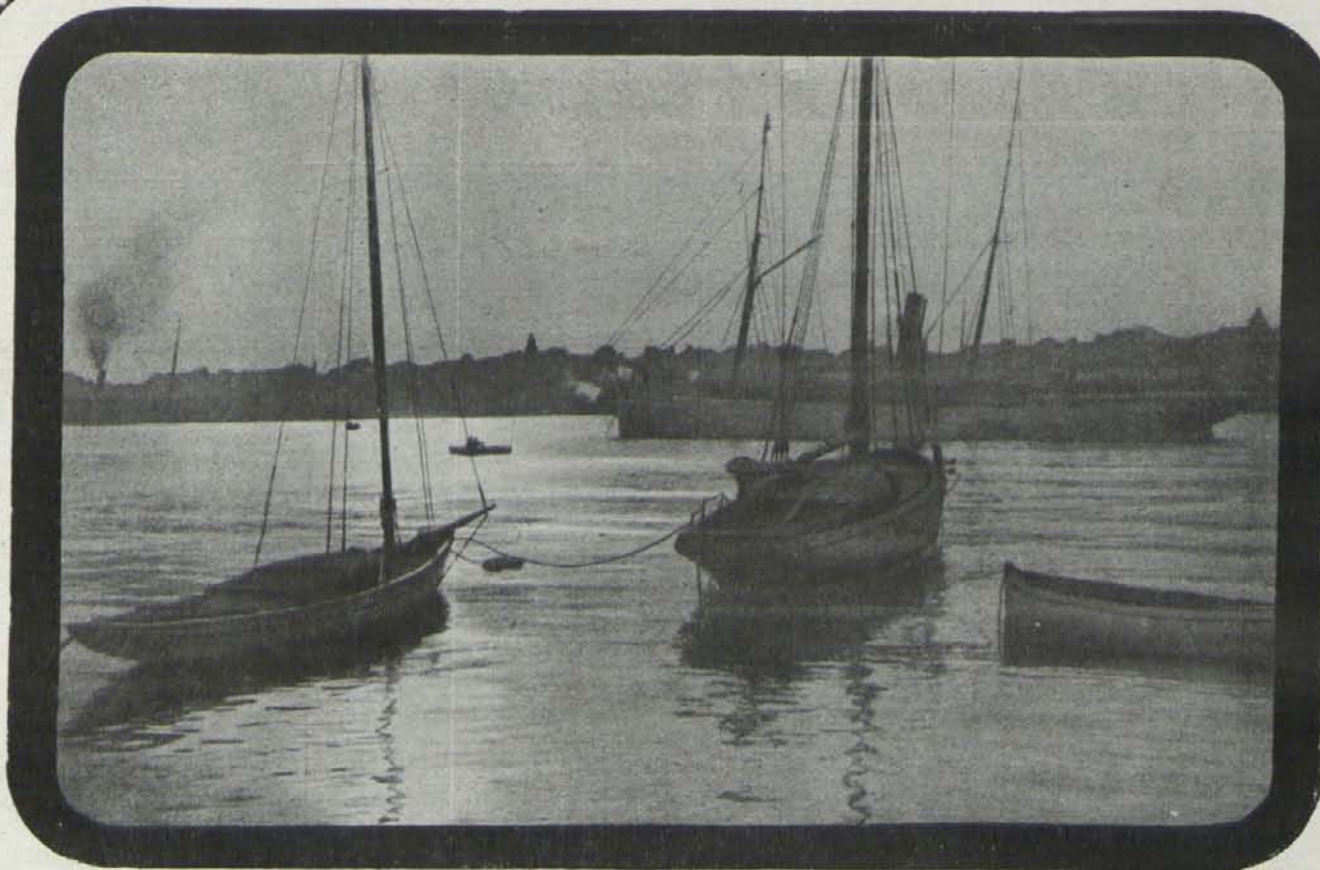
PAQUITA ESCRIBANO
CANCIONISTA ESPAÑOLA

pares; la única quiebra del sistema es que luego el público diga que *no* es.

Pero la culminación de estas aplicaciones del forceps literario se ha alcanzado hará un par de semanas con motivo del estreno del *El hijo pródigo*, del Sr. Grau. Realmente insólito es el caso de que un empresario, poniendo el peso de su pluma de escritor sobre el libre albedrío del público, publique en un periódico de gran circulación y autoridad, no una gacetilla, sino un artículo en lugar preferente, cantando las excelencias de la obra que va a estrenar *como empresario*, la belleza de los trajes que encargó *como empresario*, y la magnificencia de las decoraciones que *como empresario* pagó. Si esto no es una coacción ejercida sobre el ánimo del público, dígalo el justo y supremo tribunal formado por el mismo público; y el público lo dijo, pues ya ha crecido, y adquirió independencia de criterio y libertad para expresarlo.

Y es que, por encima de todos los métodos y habilidades de empresa, está la realidad de los hechos, que es siempre consecuente consigo misma. El poeta, el literato, necesitan ciertas cualidades esenciales para triunfar en el teatro; el Sr. Grau es literato y poeta, pero quizás carece del sentido justo de las proporciones, acaso no aprecia en su valor el aforismo teatral de que el interés, la emoción y la concisión sobria son los elementos que triunfan en la escena. Por este error de apreciación, la obra del Sr. Grau, a pesar de la coacción que imponer quiso el Sr. Martínez Sierra al público, no obtuvo de éste el éxito triunfal incubado por el Empresario de Eslava, a pesar de la labor maravillosa de esa creadora de emoción, de esa actriz extraordinaria y única que se llama *Catalina Bárcena*.

EL OPTIMISTA.



AGUAS TRANQUILAS

Afuera del puerto de Montevideo.

Foto. P. Muñoz.

Cámara

Femeninas.

La mujer ha de formar a la España futura.

En esta sección dedicada a la mujer donde asuntos tan múltiples cabe tratar, alternaremos lo fundamental con lo frívolo, de modo que se pueda aplicar a estos artículos el *utile dulci* horaciano: ¿Porqué no empezaremos discutiendo acerca de la influencia que la mujer ejerce sobre la sociedad? No voy a hablar del tan cacareado problema del feminismo; no me refiero a la influencia directa tomando parte en los asuntos políticos de la Nación; me refiero a otra influencia que no por obrar más en silencio es menos transcendental: es la función de madre.

Las sociedades modernas y el progreso de los pueblos exigen individuos que no retrocedan frente al peligro, que sepan vencer obstáculos si se interponen en el cumplimiento del deber, individuos que lleven esculpido: «antes me rompo que me doblego». Esto supone voluntad firme y energética, lo que se llama hombres de carácter; ahora bien, ¿dónde y cuando se forma el carácter del hombre? La primera y principal escuela es el hogar doméstico y quien moldea el alma del niño es la madre, sobre todo en los primeros años que son precisamente los que forman la base de lo que más adelante ha de constituir el sello de su personalidad. Cuando el niño va a la escuela, cuando trata con otras personas, ya está bosquejado, por decirlo así, su carácter. Preguntaba una señora que cuándo empezaría la educación de su hijo que tenía cuatro años y se le contestó que cuatro años que había perdido. El doctor Rubio dijo que toda su manera de ser reconocía por causas hechas que le acaecieron en la primera infancia: tragarse un alfiler y presenciar la riña de dos hombres de cuyas heridas saltó sangre que le salpicó a él. La vida del más sabio no puede dejar de estar influida por el círculo moral de sus primeros años.

Dedúcese de esto que los hombres no son más que lo que son las madres, y puesto que la educación de la sociedad está condicionada por la del individuo, instruir a la mujer es instruir al hombre, elevar a una es elevar al otro. Es un deber que tiene la mujer de instruirse; si fuera sólo un derecho, como dice Monseñor Dupanloup, podría renunciarse a él; pero como Dios no da nada en balde y nos ha dado las mismas facultades que al hombre, debemos cultivarlas en la creencia de que redundará en beneficio de la sociedad entera. No nos es dado conducirnos, como las «Virgenes Necias», dejando apagar la luz de la inteligencia por falta de cultivo, como ellas dejaron apagar las lámparas por falta de aceite.

Pero el saber de la mujer no es para hacer alarde de él, repitiendo la célebre frase que, en



Vestido de satén con doble falda; borde bordado en todo el contorno
Fot. Henri Manuel-Hugelman.

todas las ocasiones es preferible callar y entonces la virtud hablará por ella. El saber de la mujer es para dirigir e intervenir en los más pequeños detalles de la vida del niño. ¡Cuántas veces por falta de buena dirección se tuerce la vida de un hombre! Me he inclinado a creer que el hombre es naturalmente bueno (existe la opinión contraria) pensando en como no serán peores al ver lo mal, pero lo mal, que se les dirige en sus primeros años: unas veces por cohibirlos con castigos y reprensiones fuera de tiempo, sin dar lugar a que se manifieste su espontaneidad; y otras por consentir demasiado; y, lo que es peor, la misma persona realiza estos dos extremos según su humor, y el chico acaba por hacer lo que le da la gana siempre. Hay mil detalles en que me pudiera fijar; el recortar dibujos de papel se les prohíbe porque manchan la casa; no se les deja jugar porque molestan, etc., etc.

¿Es que esto no tiene importancia? La mujer preparada para la educación de sus hijos sabe que el recortado es un ejercicio conveniente para la educación de la mano y de la vista, que el juego es una necesidad imperiosa y que el niño no juega por jugar solamente, sino que hay una infancia para poder jugar, y hasta tomará parte en sus juegos. Sabe que cuando el pequeño encuentre una dificultad cualquiera no debe ir en su auxilio, sino dejarlo que la venza por sí mismo, pues más adelante la realidad de la vida está llena de dificultades que hay que vencer sin el auxilio de nadie y conviene estar preparado siempre para la lucha.

La madre instruida sabe despertar en su hijo el amor al estudio y no le dirá nunca, como aún es muy frecuente oír: *si eres bueno te perdono la escuela*, con lo cual le hará creer que es un lugar de castigo, en vez de presentarla como sitio atractivo donde se aprende lo necesario para la vida, donde se adquiere el hábito del trabajo, donde se forman los grandes hombres, que han hecho esos descubrimientos que tantos beneficios reportan a la humanidad.

Ha llegado, pues, el momento de que la mujer salga de su estado de ignorancia en que, generalmente, se encuentra y tome parte activa en su educación, que se estudie, reconozca sus defectos procurando corregirlos, que se perfeccione a sí misma, contribuyendo así al perfeccionamiento de los individuos y de los pueblos.

Hoy ya se nota en todas las naciones civilizadas la tendencia a mejorar la situación de la mujer; España también ha dado un paso en ese sentido y parece que vamos por buen camino.

GOLONDRINA.

Sombrero de cinta, azul pastel

Fot. Henri Manuel-Hugelman



Como se vive en Nueva York

Una casa modesta

Siendo la vida íntima, el hogar, asuntos tan interesantes, sobre todo en ese Madrid donde aún se conserva con fuerte cohesión la vida de familia, y distinguiéndose las casas de alquiler madrileñas por sus características de insalubridad y falta de higiene, creo que una explicación de lo que es en Nueva York la casa de familia de corto sueldo, ha de interesar a mis lectores, y sobre todo a mis lectoras. He de advertir ante todo, que en América los cuartos se alquilan amueblados y con todo lo necesario para la vida, pues aquí sólo la gente muy adinerada posee mobiliario propio.

También habréis de saber, que aquí se entiende por sueldos modestos los que oscilan entre 25 y 40 o 50 dollars (o duros) semanales. Un matrimonio español, llegado a esta ciudad en el mismo vapor que yo, ha resuelto vivir a la americana, por su cuenta, y ha alquilado un departamento amueblado (*furnished apartment*), y este departamento, semejante a todos los de su clase, es el que voy a describir.

Consta de cinco piezas. Un gabinete escritorio y un comedor, anchos, con grandes ventanas, buenos muebles de sólido roble oscuro y barnizado, y alfombras sobre el parquet; en el comedor una vitrina chinero bien provista de vajilla, y un aparador, con sus cajones repletos de cubiertos, ropa de mesa, y cuanto el servicio de esta pueda necesitar; en ambas piezas hay grandes radiadores para la calefacción; la alcoba-tocador no merece mención especial; a su lado está un cuarto que contiene el inodoro, el baño, y el lavabo perfectamente



instalados, con toda la ropa necesaria, toallas, sábanas, etc. Baño y tocador tienen grifos de agua fría y caliente, esta humeante, a todas horas del día y de la noche. La cocina contiene: el fogón de gas, con cuatro hornillas de tuberías independientes; una caja refrigeradora perfectamente instalada; dos grandes pilas con grifos de agua fría y caliente; en un ángulo, un montacargas por donde sube el hielo y baja el cubo conteniendo la basura, que el portero se encarga de verter, y que sirve de vehículo a toda clase de paquetes. No es necesario añadir que en la cocina se encuentra una batería completísima. Todas las habitaciones tienen luz directa, y el empapelado y la obra de carpintería de ellas son como de una casa de lujo madrileña. En el comedor hay un aparato telefónico, y en el recibimiento un tubo acústico para llamar al negro que sirve el ascensor. El ascensor es un complemento indispensable de cada casa, no se estropea nunca, funciona toda la noche y sirve para subir y para bajar *siempre*, sin que el encargado de manipularle ponga mal gesto. Este departamento cuesta diez dollars por semana, con todo su servicio, y es la habitación ordinaria de las clases modestas.

En las habitaciones está instalado el alumbrado eléctrico y el de gas. Al pedir mi amigo el fluido eléctrico en una de las Compañías que lo suministran, tuvo que hacer un depósito de cinco dollars, por no tener en Nueva York persona que prestase garantía. En el recibo de su depósito consta que este produce interés, que se agrega a la cantidad depositada y se devuelve al terminar el contrato. Además, la Compañía proporciona las lámparas eléctricas gratuitamente. Irremediablemente se presentaba a nuestra memoria la enorme cantidad que por fianzas detentan los caseros de Madrid, y cuyos intereses se guardan arbitrariamente en sus respectivos bolsillos, y menos mal si no se tropieza con algún casero aprovechado, que se cobra de la fianza los desperfectos que existían ya en el cuarto al entrar a habitarlo el desgraciado inquilino.

Nueva York-1918.

F. BRIDGES.



Mlle. Lise Planté. Sombrero de seda con penacho de "algrettes". Modelo de la Casa "Esther Meyer".

Fot. Henri Manuel-Hugelman.

Vestido de muselina color de rosa,

Mlle. Mouna Delza. Vestido de esurán azulada



Mlle Campbell. Toca de tul adornado con franjas de oro.—Modelo Lewis

Fot. M. Talma-Hugelman.

SERVICIO DE PATRONES A LA MEDIDA

Con el fin de proporcionar a las suscriptoras y lectoras de REVISTA HISPÁNICA cuantas ventajas nos sea posible, hemos establecido un servicio de patrones cortados a la medida. Las condiciones de este servicio se expresan detalladamente en la antepenúltima página de este periódico.



Vestido de Primavera, de lanilla, con cinturón de charol.

TELAS-NOVEDADES
Hijos de
PEDRO HERCE
S. en C.

CARMEN, 3 y 5
Teléfono, 3928

Madrid

Al Esprit

MODAS-SOMBREROS

Enrique Gómez

CARMEN, 3 (ESQUINA A TETUAN)

Teléfono, 5205

Madrid

Vestido de Primavera, de batista.



LOS LIBROS NUEVOS

"El Hispanismo en Norte-América"

Por M. Romera Navarro, de la Universidad de Pensilvania.

Poco tiempo atrás, apareció en los escaparates de las librerías la obra de *Romera Navarro* editada por la Biblioteca *Renacimiento*. El libro de *Romera*, primero y único hasta a hora por su asunto, es el producto de una labor asidua y concienzuda, de una inteligencia clara y equilibrada.

En breves años de estancia en los Estados Unidos, este español ha llegado por sus propios méritos al sillón de una cátedra de Literatura y Lengua españolas en la Universidad de Pensilvania, en Filadelfia. Sus amores a España y a América se hermanan en su generoso espíritu y asoman constantemente por las páginas de su libro.

La visión de las cosas de España, para los que viven dentro del ambiente español, suele estar falseada por la falta de términos de comparación y por el influjo de las preocupaciones sociales. Por eso al juzgar el concepto que de España forman los extranjeros, a veces nos sentimos heridos en nuestros prejuicios, y nuestras injusticias propias se las achacamos a ellos.

Mas el español que sale de España y vive en el extranjero sin perder el interés por las cosas de nuestra patria, es, acaso, el juez más calificado para formular un exacto juicio acerca de nuestro pueblo.

Ni una sola línea hemos visto dedicada en nuestra Prensa a esta obra; el autor, *D. Miguel Romera Navarro*, está situado más allá del mezquino horizonte de nuestra crítica literaria; el número de nombres que baraja la Prensa hispana es limitadísimo: las alabanzas mutuas y repetidas constituyen el fondo de su labor. Queremos subsanar aquí tan lamentable e injusta omisión con nuestra voz humilde, rindiendo homenaje a la labor de *Romera Navarro*.

Después de recorrer las páginas amenas e instructivas de su obra última, nos permitimos copiar algunos párrafos de ella en que parangona el carácter yankee con el español, contando con que el autor, prestará su *venia* a nuestro atrevimiento.

«También nos han sorprendido a nosotros ciertas cualidades y rasgos comunes entre españoles y norteamericanos, y ya que el *Sr. Upson Clark* no se detuvo a fijarlos en su trabajo, ensayémoslo nosotros a vuela pluma. Si aspirásemos a establecer una ordenada y precisa comparación entre ambos, empezaríamos por clasificarlos en tres grupos: el norteño, o tipo americano de Nueva Inglaterra, que en gravedad, energía, brusquedad, y espíritu industrial se parece mucho a vascongados, navarros y catalanes; el meridional, que en hábitos, genio y figura corresponde exactamente con andaluces y levantinos; y el americano llamado del oeste, cuyo tipo posee la grave dignidad del norteño, su laboriosidad e industria, y la cortesía, viva imaginación y cordiales maneras del meridional, siendo, en consecuencia, muy semejante al castellano. Tomados en conjunto, dos cualidades sustantivas parecen tener en común españoles y norteamericanos: la entereza del carácter y la sobriedad. Propiedades decisivamente características de ambas razas. Aseméjanse, igualmente, en la dignidad o total ausencia de servilismo. Natural es que tal rasgo distinga a los hijos de la democrática federación, que no entienden ni jamás quisieron entender de diferencias de clase; mas señalada muestra de viril entereza tratándose de una raza vieja como la española, que en mayor o menor grado ha de tener el forzoso y legendario sentimiento de la jerarquía social. Otra nota esencial es un común espíritu de adaptación. El norteamericano sabe avenirse a las circunstancias, se ajusta con peregrina ductilidad a cualquier ambiente nuevo y extraño, acomodándose pronto y bien a las mudanzas y veleidades de la fortuna. También se nos figura el espa-

ñol dúctil y acomodaticio por naturaleza, sobremanera lejos de su patria.

Son los norteamericanos, de otra parte, más fríos y reservados, y aun la gente del sur, que pasa en todo el país por romántica e impresionable, pareceme más reservada y calculadora que nuestra gente española. A diferencia de ésta, no suelen ser los yanquis grandes apasionados de la retórica—sobre todo en el Norte—ni entusiastas de la poética, aunque, de preferir algún género de ella, inclinanse como nosotros por el lírico y sentimental. Su interés en los problemas concernientes a la educación y la moral, es característica de este pueblo. Sus costumbres, purísimas. Mas no creo que los vínculos familiares sean, en general, tan estrechos e indestructibles como en España, ni tan universal y absoluta la obediencia filial.

El norteamericano es franco y leal, con un fondo de oro. Los que no se dedican al comercio, así como los hombres de negocio en tiempo de vacaciones, son honrados a carta cabal. No imagino, pues, que el estupendo desarrollo del crédito mercantil provenga de su probidad profesional, sino de la general riqueza del país, enorme circulación de metálico, abundancia de transacciones, y cierto ánimo y audacia para arrostrar los riesgos.

Dentro de su propio país, pareceme los norteamericanos gente muy liberal, ecuánime y de abierto criterio. Fuera de él, severos, criticones y cargantes con su incorregible prurito de sacar a relucir lo bueno de casa y trazar paralelos y comparaciones, a menudo odiosas y siempre inhospitalarias. Recréanse, con cierto candor, en el uso del superlativo. Ponen su orgullo en tener—amén de otras cosas—las empresas más ricas y poderosas del mundo, los trenes más rápidos del mundo, los edificios más altos del mundo, etc., etc., «del mundo». Y hasta cuando ocurre una de esas catástrofes fenomenales en su tierra, figúrome que hallan cierto alivio a su dolor si consideran que, en tremendas proporciones e importancia, ha batido el *record* del globo. Igualmente creen tener—y no andan muy descaminados—el mejor gobierno de la tierra, aunque la política de campanario suele ser aquí tan viciosa como en la península. Y no contentos con romper su habitual laconismo para disertar sobre lo mucho que su patria representa en el concierto—¿concierto?—internacional, extiéndense acerca de sus futuros y gloriosos destinos. En efecto, este gran país ofrece base sólida a las más prometedoras esperanzas. Ellos hablan de lo que serán, y nosotros de lo que fuimos, aunque también tenemos los españoles buenas razones para respirar fuerte y confiar en nuestro destino, que bien risueño nos alborea el porvenir.

Fiero individualista es, y siempre fué, el español. No cabe decir lo propio del norteamericano. Norte de su vida política y económica parece ser el viejo principio de que la unión constituye la fuerza, y por ello tiende siempre, en todos los órdenes, a la asociación. A pesar de su iniciativa y enérgica personalidad no puede, por lo que se ve, dar un paso sin andaderas. En materias de legislación, son los norteamericanos infatigables, como los españoles, y como nosotros gustan de hacer leyes muy sabias que pronto, dadas al olvido, pasan a ser letra muerta. No obstante, muéstranse muy disciplinados y acatan gustosos los deberes de la ciudadanía. En la calle, en el teatro, en los restaurantes y demás lugares donde halla un reglamento público o privada regla que respetar, pórtanse en extremo disciplinados y pacientes, *perinde ac cadaver*, sobremanera los hombres.

En el terreno de las menudencias, distingúense de nuestra gente española en que no fuman ni jamás escupen con este gentil desembarazado y tamaña copia, reiterada y sonora, de nuestros compatriotas. La higiene pública y las amas de casa, pulcras y económicas, se han conjurado contra los pocos y sufridos fumadores que quedan. En todas partes el consabido letrado: *No se fuma*, y el que no, una buena multa y el arresto, donde tampoco le dejarán fumar ni escupir en santa paz.»

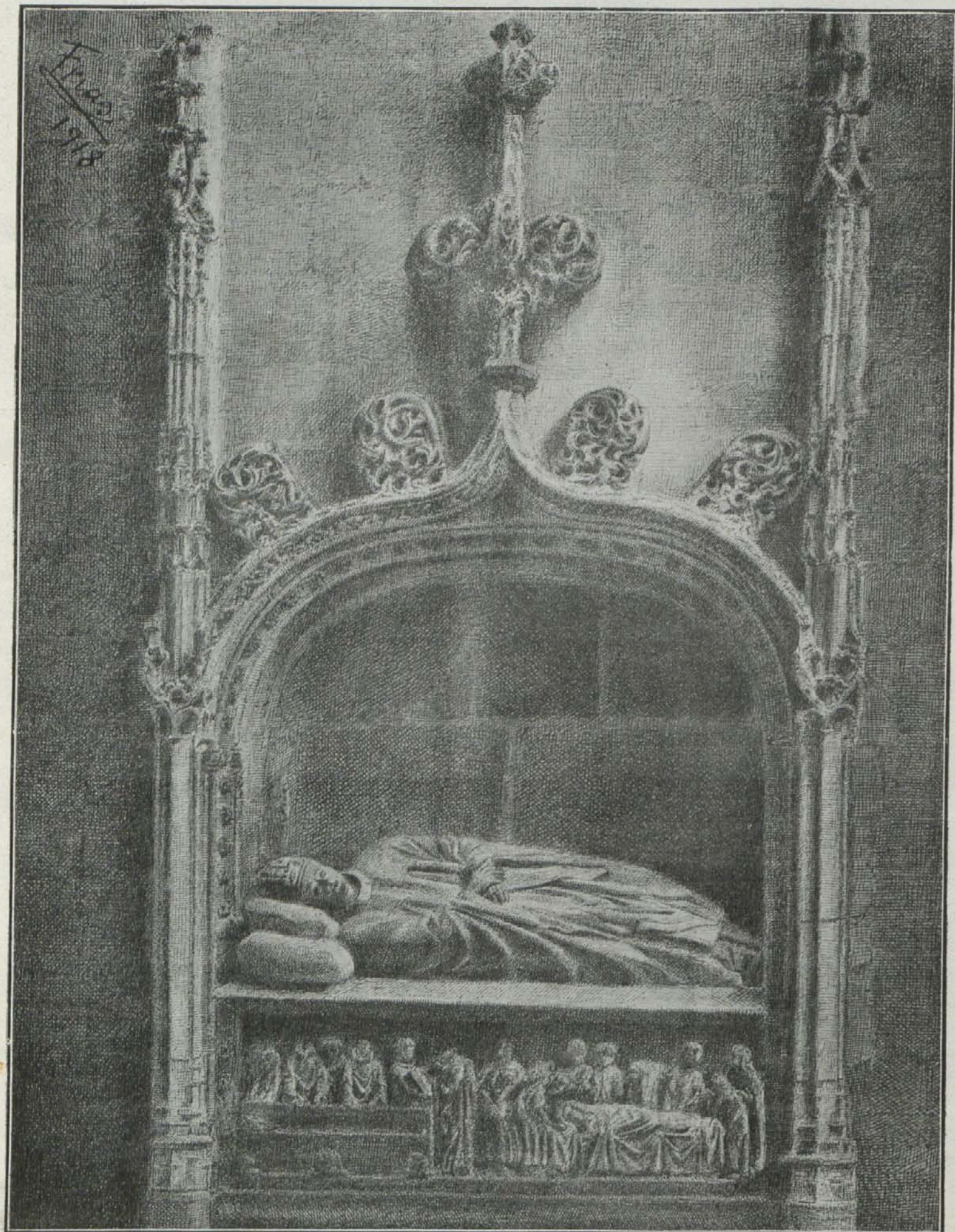
DOS RECORDS



—Mira; el que acaba de batir el *record* de la resistencia, parece que no puede resistir a la Baronesa.
—Así ella se convencerá de que es irresistible.

PÁGINAS ARTÍSTICAS

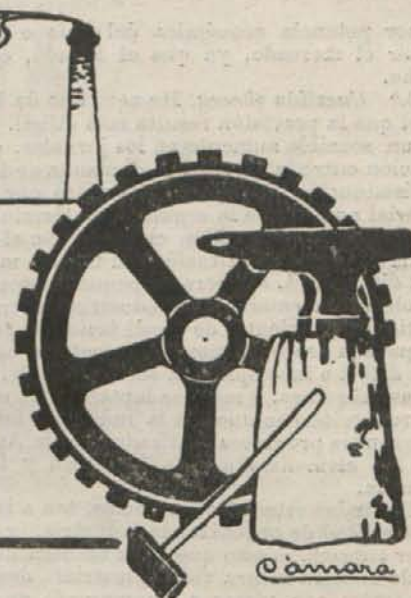
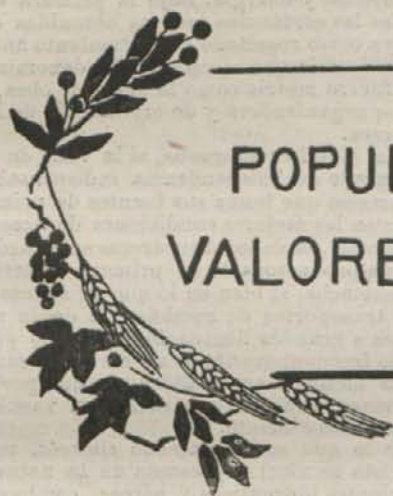
Dibujo a pluma, original de D. Juan Frias



Catedral de Burgos.-Sepulcro del Obispo Quijada

LO QUE PUEDE PRODUCIR

ESPAÑA

POPULARIZACIÓN DE LOS
VALORES POSIBLES DE LA
NACIÓN

LA CRISIS ACTUAL Y LA ORGANIZACIÓN FUTURA DE LA INDUSTRIA.—No es ya posible, al tratar no ya un asunto técnico, industrial o financiero, sino aun uno de un orden de ideas muy diferente, sustraerse a la preocupación engendrada por el profundo desequilibrio causado por la desviación de las corrientes económicas, que constituyen la base normal de la industria, tal como debe entenderse esta palabra desde el punto de vista de las aplicaciones pacíficas de las actividades humanas.

Efectivamente, la marcha económica del mundo industrial está trastornada, no se sabe si en retroceso, pues sólo el trascurso del tiempo dará a conocer el sentido de su desplazamiento actual, ya que por una que pudiéramos llamar aplicación económica y social del principio físico de relatividad, son los fenómenos que experimentamos a diario aquellos cuya orientación absoluta, progresiva o regresiva, nos es más difícil o imposible de discernir.

Unas indicaciones a guisa de puntos de referencia pueden servir para establecer la posición técnica y económica del mundo industrial, una vez que, al contrario de lo que ahora ocurre, emplee la inmensa mayoría de su actividad productora en las artes de paz, con relación a la que ocupaban antes de desviar sus energías por el camino en que, hoy por hoy, marchan.

Se observa, en primer lugar, la absorción de la mayor parte, sino toda la producción por el Estado, pues las necesidades de la llamada defensa nacional, en las naciones beligerantes (que es sabido lo son, salvo raras excepciones, aquellas cuya industria estaba más desarrollada) cuyas necesidades, siempre crecientes, exigen una superproducción, que el Estado paga a buen precio y obligado por las circunstancias, sin grandes exigencias seguramente en lo que a la calidad de los productos se refiere. Es decir, si bien la producción es exuberante en cantidad, falta la libre concurrencia y el «control» que, de un modo automático ejerce el mercado sobre los productos, engendrando la competencia, con la consiguiente mejora de calidad y disminución de precio en aquellos. Desde este punto de vista, la orientación actual es francamente opuesta a lo que debe ser una sana orientación económica.

A esto objetan algunos, que esta superproducción ha originado un aumento extraordinario ya en el capital circulante, bajo forma de productos elaborados, ya en el fijo, bajo forma de instalaciones de todo género, de cuyos capitales habrá que obtener el tanto de interés y amortización correspondiente, lo cual no podrá conseguirse sino continuando la intensidad actual de producción, aun pasadas las circunstancias del momento. Esta superproducción, arguyen, originaría el descenso de precio del producto, y la competencia, que falta por ahora, lo cual hará en breve plazo reaccionar el mercado, llevándole por sus antiguos cauces con los beneficios inherentes a los efectos mencionados. Esta es la aserción de los partidarios de la «teoría utilitaria de la guerra».

Esta teoría se presta a múltiples objeciones. En primer término, considerable parte de la actividad industrial se emplea en la producción de armas, municiones, pertrechos, etc., etc., de cuya superproducción no se advierte claramente la utilidad; una vez que el período belicoso haya pasado, será forzoso que en todas estas industrias tenga lugar una transformación en su marcha con objeto de adaptarla a una producción distinta según las futuras necesidades. Es decir, que las industrias que actualmente producen cañones y fusiles, fabricarán lo-

comotoras o máquinas-herramientas, las que obtienen explosivos se dedicarán a abonos químicos, por ejemplo, y así sucesivamente. Pero esta transformación será excepcionalmente difícil, por las razones primordiales siguientes:

1.^a El precio actual de un producto, no está regulado por las normas económicas del coste de producción y de la oferta y la demanda. Se puede decir, con Gide, que es por el momento solamente la *utilidad final* la que marca el precio de las cosas. De este modo resultan remuneradoras empresas que ante la libre concurrencia no lo serían. En nuestro país, por ejemplo, un gran número de yacimientos huleños (parte de León y Cataluña) cuyos productos son de calidad manifiestamente inferior, se han puesto en explotación, vendiendo sus combustibles a precios que no guardan relación con los de las calidades superiores de carbón procedentes de otras cuencas. Esta verdadera revolución en las leyes que rigen el precio del mencionado producto es, en último término, debida a que el consumidor quiere carbón y mide su precio, no con relación a las normas usuales en el mercado, sino únicamente por el perjuicio que experimentaría por su carencia absoluta. Otro tanto ocurre con las industrias siderúrgicas: La calidad media de los hierros comerciales ha descendido, los perfiles laminados, no cumplen ni remotamente las condiciones usuales en cuanto a dimensiones y peso (en algunos casos el que esto escribe ha comprobado variaciones en este último valor hasta del 16 por 100 en más), el precio aumenta con tal rapidez que en Agosto último se cotizaban los perfiles de dimensiones medias a 73 pesetas los 100 kilogramos, y en la actualidad a 105 con tendencia al alza, y no obstante todo esto, la demanda aumenta. En estos y en otros muchos casos que se pudieran citar, al amparo de estas circunstancias se ha establecido toda una nueva economía industrial, cuya ley fundamental parece ser la tendencia a aumentar el precio del producto, independientemente de la calidad, y por lo general, con perjuicio de esta. La consecuencia práctica de todo esto ha sido (y conste que no hablamos de industrias guerreras) una tendencia al aumento de instalaciones, a ampliar la producción y el radio de acción del mercado a costa de toda clase de sacrificios financieros, toda vez que, si bien los gastos de producción han aumentado ciertamente, la anarquía en los precios hace remuneradores por el momento los más disparatados proyectos. Pero ¿lo serán luego? Esta es la grave cuestión del momento, pues no se debe olvidar que las leyes económicas son tan fatales como las físicas, y que todas esas cargas financieras, actualmente tan ligeras, gravitarán pesadamente sobre ciertas industrias, una vez que la superproducción y la ley de oferta y demanda dejen sentir sus efectos en el mercado.

2.^a En todas las industrias en general, y más particularmente en aquellas cuya producción es absorbida por el Estado en guerra, la ampliación ha podido hacerse fácilmente, estimulado y aun obligado por aquél, olvidando todas las demás circunstancias delante de las urgentes del momento. Pero es muy de temer que en la transformación inversa de industria militar a pacífica falte aquél estímulo y aun se traduzca en aumento de tributación correlativo, por lo menos, del aumento de capital inmovilizado. Técnicamente considerado el problema, la adaptación de una industria montada y en marcha normal, a una nueva producción, supone un período de transición y prueba más o menos difícil, según las condiciones particulares de la industria y las reformas que aquellas supongan. En la mayoría de los casos, la evolución será lenta y penosa, agravada por el hecho indudable de la

menor potencia económica del país o países en que pudiera establecer el mercado, ya que el Estado, como cliente, desaparece de hecho.

3.^a *Cuestión obrera.* He aquí uno de los puntos más delicados y en el que la previsión resulta más difícil. En líneas generales se prevé un sensible aumento en los jornales, como resultado de la menor relación entre la oferta y la demanda de la mano de obra, tanto por la disminución de la primera, cuanto que el exceso de actividad industrial aumentará la segunda, en términos que escapan a todo cálculo previo, pues también es cierto que el desarrollo, muy extenso actualmente, de la sustitución del trabajo manual por el de las máquinas, disminuirá, siquiera en pequeña proporción la demanda de mano de obra. En cambio las industrias extractivas y agrícolas exigirán cantidades crecientes de aquél factor de producción, pues ya es sabido que son precisamente las industrias agrícolas aquellas en que es más difícil e incompleta la sustitución del trabajo del hombre por el de las máquinas, y más inadaptables los métodos de intensificación de la producción comunes en la industria fabril sin dejar de reconocer los grandes progresos realizados por la Agricultura cuando se auxilia con los elementos que la Mecánica y la Química pueden proporcionarla.

Por todas estas circunstancias, tan a la ligera enumeradas, resulta la necesidad de organizar la industria, (y esto en España alcanza un valor enorme, puesto que de la manera de enfocar este problema depende nuestra futura vida industrial), desde un criterio esencialmente económico con vistas a un mercado en el que la competencia sea el principal factor determinante del precio, el cual alcanzará un mínimo compatible con los gastos de producción, y no olvidando al montar industrias nuevas y ampliar las ya establecidas, que si las circunstancias actuales permiten vender cualquier producto a cualquier precio, estas circunstancias serán, por fortuna, lo bastante efímeras para que no se puedan admitir como base justificada para cualquier rama de la producción, normalmente establecida.

Es preciso, por consiguiente, para sustraerse a estas acciones depresivas sobre el mercado, acciones que pueden estar agravadas por razones de índole política, buscar privilegios donde una industria debe buscarlos, para que sean duraderos; esto es, en las condiciones materiales, geográficas, geológicas y climatológicas de un país, y es sobre esta base precisamente sobre la que España debe fundar su futuro poderío industrial, y buscar mercados exteriores a sus productos, mercados que prácticamente están inexplorados, dada la que debía ser nuestra capacidad productora y la que han alcanzado algunas comarcas agrícolas y fabriles distribuidas esporádicamente por la Península, y que sirven como de muestra de lo que puede intentarse por un concepto u otro en la inmensa mayoría de nuestras regiones.

Una de las causas que más se oponen al desarrollo agrícola e industrial de nuestras provincias del interior es, primordialmente, la falta de vías de comunicación para nuestros productos, de tal modo que el productor y el consumidor son víctimas del agio que se establece por la sobreproducción de un punto y la carencia absoluta en otro. Este dique que presenta la escasez de medios de distribuir los productos es una de las causas más eficaces de depreciación de estos en los centros productores y carencia en los consumidores, lo mismo que una presa que corta la corriente de un río ocasiona un desnivel entre la superficie del agua a una y otra parte de la obra. Esta diferencia de precio restringe automáticamente la producción por no ser remuneradora, y el consumo por el elevado precio del producto (salvo si se trata de artículos de primera necesidad, y aun en estos cabe la sustitución de uno por otro de propiedades análogas) todo lo cual ocasiona la vida precaria o la ruina de la industria o explotación, a menos que el productor tenga potencia económica suficiente para imponer por sí mismo el precio en el centro consumidor. Siguiendo con el ejemplo anterior, esto último equivale a la destrucción de la presa por la impetuosa corriente del río, pero así como esta distribución origina un hondo trastorno en el régimen de la corriente, así las dificultades en la distribución de los productos, aun parcialmente vencidas, ocasionan alteraciones en el mercado.

Dejando a un lado, por ahora, este problema de distribución de productos, designado hoy bajo la denominación de *cuestión de los transportes*, y no porque tenga importancia secundaria, pues ya se ha demostrado que la tiene primordial, sino porque por su misma importancia se debe hacer objeto de capítulo, y aun capítulos aparte, ya que tiene tan múltiples facetas el asunto y depende de tantas circunstancias, muchas peculiares a las condiciones económicas de nuestro

país, que merecen ser objeto de especialísimo estudio, que quizá hagamos más adelante en estas páginas.

Concretándonos al problema de la producción, es sabido que este exige dos factores: primeras materias y energía. Bajo la primera denominación se comprenden todas las sustancias que, ya obtenidas directamente de la naturaleza o ya como resultado de tratamiento anterior, sean transformadas por la industria que se estudie. La denominación de energía reúne tanto la fuerza motriz como la mano de obra, y en último término hasta la labor organizadora y de orientación de los elementos directivos de la empresa.

Desde luego, y la crisis actual bien lo comprueba, si la vida de la industria ha de gozar de aquel grado de independencia indispensable para su desarrollo normal, es preciso que tenga sus fuentes de primeras materias y de fuerza motriz en las mejores condiciones de accesibilidad. El caso ideal es, por ejemplo, el de las Azucareras en Aragón, situadas en el centro de la región productora de su primera materia, que es fundamentalmente la remolacha, si bien en lo que se refiere a fuerza motriz, ésta depende de transportes de combustible desde zonas mineras lejanas, y expuestas a grandes fluctuaciones en los precios, cuyo motivo ha ocasionado frecuentemente crisis en esta industria, interesante tanto por sus métodos especialísimos como por el desarrollo que está llamada a tomar, una vez que se hayan vencido las dificultades por que atraviesa actualmente.

La fuerza motriz (aspecto de lo que se ha llamado *energía*, más interesante desde el punto de vista técnico) se presenta en la naturaleza bajo distintas formas; corrientes hidráulicas y aéreas, combustibles sólidos, líquidos y gaseosos, calor solar y algunas otras de menor importancia. De todas ellas, la gran industria no emplea más que las corrientes hidráulicas, y la transformación en trabajo mecánico de la energía térmica contenida en los combustibles naturales, y de éstos más especialmente los sólidos. En una palabra, hoy por hoy se dispone en gran escala de dos manantiales de fuerza motriz: los saltos de agua (hulla blanca) y el carbón mineral (hulla negra). Las corrientes aéreas, los combustibles líquidos (petróleo y sus derivados, etc.), tienen importancia secundaria delante de las llamadas *hulla blanca* y *hulla negra*, por cuya abundancia en España puede esta denominarse país privilegiado.

El inconveniente primordial de éstas estriba en su localización. Así, la energía de una corriente de agua sólo puede utilizarse íntegramente en el punto donde se produce el salto. El carbón mineral está igualmente limitado a un cierto número de zonas productoras.

El transporte de la energía hasta el centro consumidor es costoso y forzosamente más o menos irregular. En el caso de un salto de agua, el problema se resuelve empleando la energía eléctrica como intermediaria, es entre las conocidas la solución más satisfactoria. En el caso del carbón, hay que recurrir a medios de locomoción marítimos o terrestres. Este último caso se ha tratado con éxito en muchos casos, de reducir el de un salto de agua, quemando el carbón, especialmente aquellas clases inferiores cuyo transporte resulta oneroso, en la misma boca de la mina, y merced a máquinas de vapor, turbo-alternadores, motores de explosión, etc., transportar la energía del carbón bajo forma de energía eléctrica, en lugar de transportar el combustible. En un país como el nuestro, con combustibles de calidad media repartidos con profusión, en zonas donde no existen vías férreas, esto puede ser objeto de grandes aplicaciones para nuestro desarrollo industrial.

Es, en definitiva, en la transformación de sus productos naturales, empleando las cantidades inmensas de energía repartidas en nuestros ríos y nuestras minas, en lo que nuestro país debe fundar su potencia económica; y dar idea de lo hecho hasta ahora y de lo que puede hacerse para atenuar los efectos de la crisis actual y de las futuras, será el objeto de estas páginas.

M. LUCINI,
INGENIERO INDUSTRIAL.

SUMARIO de esta sección en el próximo número.—I.—*El Aire como primera materia.*—Elementos utilizables que de él se puede extraer.—Los vegetales y el nitrógeno.—Problema de la fijación del nitrógeno atmosférico.—Las bacterias nitrificantes.—Las sales de amoníaco.—Abonos animales.—II.—*Aprovechamiento del nitrógeno atmosférico.*—Instalación de un horno de cianamido.—Condiciones para el emplazamiento de esta industria.—El artículo irá ilustrado con varios dibujos.

ECONOMIA NACIONAL

Comercio-Agricultura-Banca-Seguros-Comunicaciones y transportes-Hacienda

EL IDEAL UNÁNIME

En el fondo de todo organismo—individual o colectivo—plenamente vivo, constituido normalmente, hay siempre un afán supremo e inagotable: el afán de alcanzar con la mayor rapidez el sumo grado de las perfecciones posibles. Por la eterna perdurabilidad de sus frutos, por la diamantina cristalización de sus virtudes innumerales, este noble anhelo de ser siempre más y mejor puede considerarse como el ideal de los ideales. Las síntesis humanas más intensas, las realidades más sorprendentes, las más grandiosas creaciones, los poderes más incommovibles, no son otra cosa que concreciones diversas de este ideal. El movió la voluntad de Prometeo en aquella fabulosa audacia redentora; él puso en las manos de Arquímedes la palanca formidable que podría levantar el mundo; él guió las carabelas de Colón por las rutas misteriosas que presintió Marco Polo; él forjó, tratando de vencer el poder irresistible del tiempo, el poema sombrío de las Pirámides, y levantó la bíblica Babel en un temerario vuelo hacia lo inaccesible; él creó las fastuosas civilizaciones mesopotámicas y punzó en los ladrillos de Ninive la geroglífica historia; él escribió los signos extraños del alfabeto de Cadmo en las velas de púrpura de las naves mercantes de Fenicia; él esculpió los divinos mármoles de Grecia y dictó las inmortales leyes de Roma. Del inmenso poder dinámico de este ideal, hoy mismo nos ofrece el mundo una última prueba en la trágica exaltación espiritual de esta guerra. Los pueblos más poderosos de la tierra son precisamente los que arden con llama más viva en el inusitado incendio. Sin embargo, todo espíritu despierto puede ver que sólo los valores negativos se consumen en él, y que, por el contrario, los valores positivos, aquellos que pueden considerarse como la más alta y pura concreción de los diversos ideales nacionales en pugna, se aguilatan y depuran en la hoguera monstruosa. Las fuerzas instintivas sucumben y el imperio de las conciencias se ensancha y se engrandece. Y a través de las sonoras frases que la diplomacia hace saltar, como explosiones de policromos fuegos fatuos, por encima de todos los frentes—conquistas territoriales, igualdad de los débiles y de los fuertes ante el derecho común, libertad de los pueblos a regir sus destinos, reforma de fronteras, mutación de normas jurídicas—el ideal unánime va definiéndose con carácter de universalidad, haciéndose tangible para todos. Las inteligencias más oscuras van comprendiendo ya que las luchas de las naciones como las de los individuos, que las luchas de los insectos como las de los átomos no tienen, en realidad, otro móvil que el de alcanzar la finalidad suprema de todas las cosas, de todos los seres, de todas las fuerzas integrales del mundo: el logro de la perfección suma y con ella, el del más alto grado posible de legítimo poder.

* * *

He aquí, en síntesis, el eterno proceso de las emocionantes evoluciones cósmicas: el logro de la perfección, la conquista del poder. Este máximo anhelo ideal es el potente y maravilloso motor cuya incesante labor transformadora actualiza constantemente, en realidades mejores, las energías potenciales de la voluntad humana. El poeta desea que sus versos sean los más armoniosos, los más intensos, los más rítmicos; el escultor desea que sea su cincel

el que trace la línea más pura; el labrador, que sea su cosecha la más abundante y los frutos de ella los más ricos en sustancias vitales; el filósofo, que sea su sistema el más denso en verdades inmutables; el atleta, que sean sus músculos los más formidables aceros vivos; el sabio, que a través de la lente microscópica, escudriña el misterio de los mundos infinitesimales, quisiera que fueran sus ojos los que captaran primero, en el fondo de estas imponentes sombras, los destellos rutilantes del primer principio de las cosas. Así también las naciones—conjunto de artistas, de sabios, de trabajadores...—quisieran ser todas las mejores, las más grandes, las más fuertes, las más justas, las más perfectas, en suma.

* * *

Nosotros, españoles, quisiéramos que fuese España la nación más perfecta, que hubiese realizado plenamente el ideal unánime de conquistar el más alto grado de poder. Desgraciadamente la evolución hacia esta cumbre no se ha iniciado hasta ahora. La nacionalidad hispánica comienza hoy a vivir—ser es luchar y vivir es vencer—la vida digna y fuerte de los núcleos colectivos constituidos normalmente. También en las llamas de nuestra hoguera interior comienzan a consumirse históricos valores negativos que parecían eternos. Para que al mismo tiempo la depuración de nuestros altos valores positivos se realice de la manera más perfecta, para que la curva del ciclo evolutivo que ahora se inicia alcance rápidamente su máximo relieve, es necesario que los españoles luchemos heroicamente utilizando toda suerte de lícitas armas. Nosotros tenemos entusiásticamente rendidas al servicio de la patria todas las energías de nuestra voluntad y encendidas en su culto todas las luces de nuestra inteligencia. No somos otra cosa que escritores; no sabemos manejar otra arma que nuestra pluma. Con ella venimos a luchar—a trabajar—en esta página por el engrandecimiento de España.

* * *

Diremos brevemente la misión que hemos de cumplir: hacer exposición y crítica de todos aquellos valores nacionales—negativos y positivos—que constituyen el conjunto de nuestra economía, exceptuando los industriales que, por su extraordinaria importancia, serán tratados en sección especial.

* * *

Sumario de esta página en el próximo número.—Resumen estadístico del desenvolvimiento de la Economía nacional: Agricultura, Industria, Comercio, Comunicaciones y Transportes, Banca, Empresas Mercantiles, Población e Instrucción, Mortalidad y Emigración, Deuda pública, Montes de Piedad.

FLUMEN.

Nuestro servicio de patrones a la medida

Con rapidez y esmero entregaremos a nuestras suscriptoras y lectoras los patrones que nos entreguen, previo el pago de su importe. Las no suscriptoras, deberán presentar el ejemplar de **REVISTA HISPÁNICA** en que figure el modelo cuyo patrón desean, al hacernos el encargo.

Las suscriptoras recibirán, en el momento de abonar el importe de la suscripción, una hoja conteniendo diez vales por cada mes por que se suscriban.

Las suscriptoras deberán acompañar, (por correo las de provincias), uno de estos vales, acompañado del importe del patrón, según nuestra tarifa, por cada uno de los patrones que encarguen a **REVISTA HISPÁNICA**.

Los encargos de patrones se recibirán en la Administración de **REVISTA HISPÁNICA**, Cardenal Cisneros, 47, y en la Casa «Viuda de Pontes», Carmen, 6 y 8.—Madrid.

Nuestro servicio de impresos, con precios especiales, para nuestros suscriptores

Este servicio se establece *exclusivamente* para aquellas personas que se suscriban a *Revista Hispánica*.

	Ptas. Ots.
Tarjetas visita tamaño pequeño 100.....	0,75
Idem id. id. en otros tamaños mayores, 100.....	1,00
(1) Impresión de 1.000 cabezas en sobres comerciales, en negro.....	2,00
(1) Impresión de 1.000 cabezas en papel tamaño holandesa, en negro.....	30,00
(1) Impresión de 500 membretes, en sobres o cartas en negro.....	1,50
(1) Idem en color.....	2,00

Para cada encargo de impresos es necesaria la entrega de uno de nuestros vales de suscripción.

(1) En los papeles, sobres, etc., que se elijan, nuestros suscriptores serán beneficiados con un descuento de 10 por 100 sobre sus precios corrientes.—Estos encargos se recibirán exclusivamente en la Casa «Viuda de Pontes», Carmen, 6 y 8, exepcto las tarjetas de visita, que se pueden encargar en la Administración de *Revista Hispánica*, Cardenal Cisneros, 47.

== “Revista Hispánica” ==

Se publica cada diez días

Toda la correspondencia administrativa deberá dirigirse a la calle del
Cardenal Cisneros, 47. Madrid

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

ESPAÑA

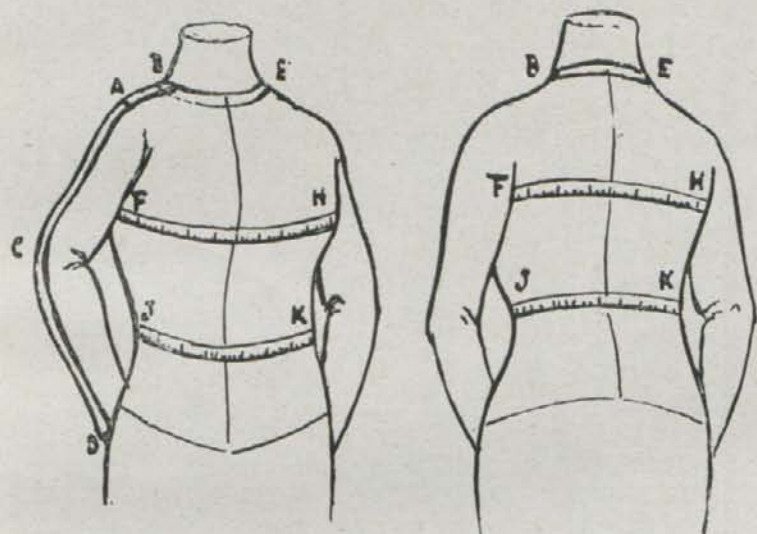
Tres meses.....	4,25 ptas.
Seis meses.....	8,00 ”
Un año.....	15,50 ”

EXTRANJERO

Seis meses.....	16 ptas.
Un año.....	30 ”

Las suscripciones y anuncios se reciben en la Administración del periódico, CARDENAL CISNEROS 47, y en la «CASA VIUDA DE PONTES», CARMEN, 6 y 8.—Madrid.

Medidas que es necesario tomar para el corte de patrones.

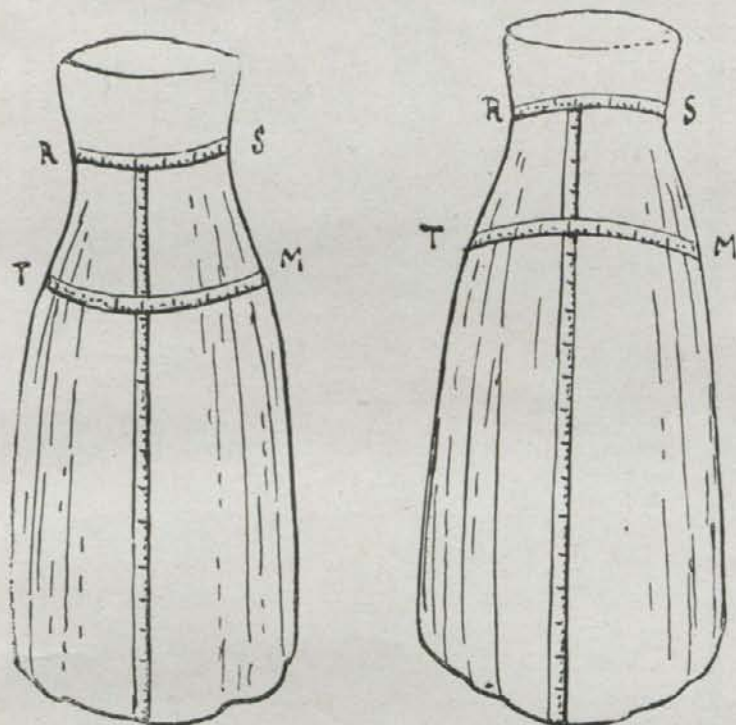


PARA CUERPOS

- B E. Vuelta del cuello.
- F H. Vuelta del pecho.
- J K. Vuelta de la cintura.
- B A. Distancia del cuello al hombro.
- A C. Idem del hombro al codo,
- C D. Idem del codo al extremo de la manga.
- Distancia del cuello a la cintura por delante.

PARA FALDAS

- T M. Vuelta de la caderas.
- R S. Idem de la cintura.
- Largo por delante.
- Idem por detrás.



Precios de nuestros patrones a la medida, para señora.

	Ptas.
Abrigo corriente.	2,25
Idem largo.	2,50
Traje sastre.	4,00
Faldas.	2,00
Cuerpos.	2,00
Pantalones.	1,50
Camisas de noche.	2,00
Idem de día.	1,50
Batas.	2,50

Todos los pagos deben acompañar al encargo de los patrones, y los de provincias por GIRO POSTAL o SOBRE MONEDERO exclusivamente.

ANUNCIOS TELEGRAFICOS

Anuncios telegráficos: 1 a 15 palabras, 2 pesetas; cada palabra más, 10 céntimos. — Se admiten en las Agencias de publicidad, en la Administración de *Revista Hispánica*, Cardenal Cisneros, 47, y en la Casa «Viuda de Pontes», Carmen, 6 y 8. Las abreviaturas y cada cinco cifras se contarán como una palabra. Por impuesto del Timbre para la Hacienda, cada anuncio deberá pa-

gar además de su precio, 10 céntimos de peseta por cada inserción.

AGENCIAS

La Prensa. Agencia de Anuncios de Rafael Barrios. Carmen, 18.

Colocaciones facilita Centro Católico, Jacometrezo, 62; 4.15 céntimos. Teléfono 65-78.

AUTOMÓVILES

Bolsa del Automóvil. Apertura primero Abril. Admitimos automóviles para venta. Pedid Reglamento. Roca, Núñez Balboa.

Automóviles, motocicletas, camiones de todas marcas, plazos cargando 6 por 100 anual, Crédito Español de Automovilismo, Gran Vía, 21, teléfono 12-15 M.

ÓPTICA

Para lentes y gafas. Objetos de óptica. Carretas, 14, casa teatro Romea. Especialidad en composuras.

FILATELIA

Sellos españoles pago los más altos precios con preferencia de 1850 a 1870. Cruz, 1, Madrid.

VENTA

BRILLO SOL

Acuchillado y encerado de pisos, Xiquena, 3; Hortaleza, 54.

Avicultores. Incubadoras automáticas para gas o petróleo. Catálogo ilustrado gratis. Granja Melina. Nápoles, 101, Barcelona.

TODO ES SEGÚN EL COLOR...



*Los caballos. — La carga es llevadera cuando se sirve a gente gorda.
El burro. — ¡¡.....!!*

— HISPÁNICA —

(IMPRESA)

CARDENAL CISNEROS, 47. MADRID

*Se hacen tarjetas, B. L. M., catálogos, membretes
e impresos de todas clases.*